



Pío Baroja, escritor, hombre humilde y errante

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

es la misma cosa. ¡Demonio de fama! ¡Si la poca que tiene uno la pudiera vender por un ochavo, para comprarse unas zapatillas...!

—¿De modo que no ha ganado dinero con la literatura?

—Hombre, algo sí; pero me refiero a que en España no se ha hecho rico nadie escribiendo. Recuerdo que en lo que quedó de la calle de Jacometrezo había una librería donde se vendían los "Episodios Nacionales", de Galdós. Un día, me dijo un dependiente gallego que tenían allí, que la Casa editorial ya consideraba un éxito cuando se vendían dos mil ejemplares. ¡Fíjese usted qué miseria!

¡A dos pesetas ejemplar! ¿Podría ganar el autor quinientas pesetas? ¡Pues vaya una miseria!

—Pero hoy ya se paga más la literatura.

—Sí, pero se vende menos. La gente que antes compraba libros, ahora va al cine, porque de paso su señora luce un vestido nuevo o unas pieles. ¡Qué demonio! ¿Sabe usted de algún libro de hace veinte o treinta años del que se hayan vendido diez mil ejemplares...? Antes le ponía el ejemplo de Galdós; bueno, pues Valera decía que con lo que ganaba no le alcanzaba para comprarle un vestido mediano a su hija.

—Entonces, ¿no cree usted en el rendimiento económico de la literatura?

—Hombre, algunas personas hicieron dinero, sobre todo los folletínistas, como Fernández y González, aunque luego murió en la miseria. De novelistas, dicen que ese que era maestro, Pérez y Pérez, y Felipe Trigo; lo que también se dijo era que Pérez Lugín hizo veinticinco ediciones de "La Casa de la Troya", con lo cual también ganaría bastante. ¡Pero al lado de Zola, que hacía ediciones de trescientos mil ejemplares...!

—Ahora que usted dice en las "Memorias" que con el producto de sus artículos y de sus novelas, hacía viajes por España y aun por el extranjero.

—Bueno, pero muy modestamente. Recuerdo, hace años, que no sé quién proyectó en el café ir andando hasta el Monasterio de Yuste. Hubo cinco o seis que lo aceptaron resueltamente. Luego, lo de siempre, se volvieron atrás. Y fuimos mi hermano Ricardo y yo, con Ciro Bayo y un pintor que se llamaba Leandro Oroz. Este Oroz había na-

B AROJA, nuestro más grande novelista, ha sido médico, bolsista e industrial. Comprendió a los pocos meses de ejercer la carrera que no tenía por ella gran ilusión y la abandonó para dedicarse a la literatura. Ya sabía él que este oficio no le daría un gran rendimiento económico, pero se conformaba con vivir pobremente dentro de su vocación. Conoce bien los pueblos de España y muchas ciudades extranjeras, donde ha ido para observar y conocer tipos y costumbres.

Hoy, cuando va a cumplir ochenta años, su conversación es amena, chispeante y sencilla. No sale de casa, y en su rincón lee y escribe con frecuentes lapsus que con mucho gusto dedica para recibir a sus amistades. De su obra no habla jamás, a no ser que se lo pregunten expresamente. No le ha gustado nunca distinguirse ante la sociedad por su talento ni por su indumentaria, y su gran ilusión ha sido pasar inadvertido y vivir cerca de los tipos pintorescos y humildes.

Hemos ido a casa de don Pío Baroja; en la estancia, los mismos muebles, casi los mismos libros; el novelista, con su indumentaria habitual y la ya popular boina.

—¿No tiene usted frío sin calefacción, don Pío?

—Pues claro que lo tengo, pero no gana uno tanto dinero como para quemar carbón todo el día. Eso debe de costar un sentido, lo menos veinte pesetas.

—Bueno, bueno, no comience a hacer alardes de pobreza; gástese el dinero, fúmesese cigarros habanos y verá cómo tiene más optimismo para ver las cosas.

—Sí, sí; no sé de dónde lo voy a sacar. La gente y los editores creen que tener un poco de nombre y tener dinero

cido en Bayona. Tenía la cara de rana y era un tipo raro y sordo.

—¿Llevaban provisiones?

—Sí; compramos un borrico flaco y pequeñarro que lo llevaba todo. Mi hermano hizo una tienda de campaña con lona embreada que se sostenía sobre un palo largo. El palo lo llevaba Leandro Oroz, porque al pollino no había manera de cargárselo. A los veinte kilómetros, Oroz dijo que se volvía porque tenía que trabajar.

—¿Y el palo?

—El palo lo llevó mi hermano, pero luego vimos que no servía para nada y lo tiramos a un río que no recuerdo cómo se llama.

—¿Y continuaron adelante?

—Sí; fuimos por Alorcón a tomar el camino de Móstoles y luego nos desviamos hacia Villaviciosa de Odón. Recuerdo que estuvimos en Arenas de San Pedro y en el Monasterio de Yuste. Por el camino, Ciro Bayo nos decía que sus amigos los frailes nos tendrían de huéspedes de honor por cinco o seis días. No hicimos más que llegar cuando un fraile nos dijo con cierto recelo, al observar nuestra indumentaria: "Bueno, bueno; pasen, vean el convento y váyanse en seguida". Por el camino discutíamos con Ciro Bayo de estrategia. El había estado en la guerra civil. Era un pobre fantástico. Recuerdo que con gran solemnidad empezaba a gritar a los aires un parte de guerra: "¡Capitán General en Jefe de las fuerzas rebeldes...!", etc. Del monasterio seguimos andando; pero estábamos hartos de dormir y comer mal, y decidimos dar la vuelta.

—¿Qué país de los que visitó le dejó mejor recuerdo?

—Pues, ¡qué sé yo!... Yo no he viajado mucho, pero estuve en Italia, en Londres, en Francia. Recuerdo que en el verano de 1940 iba yo en coche por Francia con el escultor Sebastián Miranda, que me invitaba frecuentemente. Iba-

mos a casa de Marañón. La carretera era larga y hermosa y tenía unos árboles magníficos. A los lados había unas carretilas o "roulottes" que serían sesenta u ochenta. Eran de comerciantes. La guerra estaba próxima y por la carretera no pasaba ningún turista. Sólo se veían camiones cargados de baúles, y mujeres y niños que emigraban. Todo aquello me llenó de pesimismo y de tristeza, y al recordarlo, veo aun los semblantes decaídos de los franceses.

—¿Qué pueblos de España le gustaron más?

—Los de Cádiz: el Puerto de Santa María y Jerez. Por el Norte ya es otra cosa, aunque no deja de haber pueblecillos bonitos. También es muy decorativo Santiago, de Galicia; triste, pero pintoresco. Monforte de Lemos siempre me pareció un pueblo muy característico. Tengo idea de que hace años un convento de ese pueblo vendió unas obras de un pintor alemán muy famoso. Recuerdo que se comentó esto mucho.

—¿Cómo su afición de andar?

—Al principio tenía fuerzas para andar y hacer algunos viajesillos. Solíamos acompañar a un alemán mayor que yo y que aun vive, de apellido Schmitz. Era entonces moda en Alemania eso de las excursiones, y con él fuimos a varios picos, entre ellos el de Peñalara.

—¿Le gustarían entonces los libros de viajes?

—Más me gustaban las novelas. Los viajes me gustaban más hacerlos que leerlos; ahora bien, no había compañeros. Por ejemplo, "Azorín", quitándole de Madrid, lo demás no le interesaba un rábano. No había aficionados.

Cae la tarde. Nos despedimos. Alguien llama entonces a la puerta. Don Pío arrima el ojo a la mirilla y descubre los pestillos largos como de almacén de pañería. Entran nuevas gentes para formar la tertulia de todos los días. Ahora volverá don Pío a su butaca, y arropado en su manta de viaje, glosará las palabras clásicas: "Decíamos ayer..."

Don Pío Baroja, nuestro gran novelista y en un tiempo buen amigo de los viajes, apenas sale ahora de su casa; al filo de los ochenta años su mayor pasión es interesarse por las cuestiones hogareñas, leer y escribir, y recibir a sus amigos con los que conversa de todo, menos literatura. (Foto: L. Lament).

